

*“Quien es radicalmente maestro  
no toma ninguna cosa en serio  
más que en relación a sus discípulos,  
-ni siquiera a sí mismo”.*  
Nietzsche

Como coordinadora (s) de la Red de Lectura y Escritura en Educación Superior (REDLEES), agradezco la invitación que se me extiende desde las páginas de *Hojas y Hablas* para hacer la lectura y presentación de este importante proyecto. Igualmente, le expreso mi saludo de felicitación a la Fundación Universitaria Monserrate por avanzar decididamente en la consolidación de una Red interna de Lectura y Escritura, acción que con seguridad redundará en el desarrollo de mejores destrezas en sus estudiantes, lo que a su vez significa, en este terreno, mejores prácticas en las escuelas del país. Un país que vive la lectura y la escritura en cabeza de sus futuros docentes es un país que puede prometer la formación de mejores ciudadanos.

Quiero empezar haciendo una breve defensa de las revistas, del tipo de práctica que con su lectura se genera y de aquello a lo que *Hojas y Hablas* contribuye con su presencia en ese inmenso mar de las publicaciones seriadas, no solo como revista cultural, sino como revista que se produce en el seno de una institución formadora de educadores.

Las revistas nos posibilitan, a quienes vivimos rodeados de tratados y estudios especializados por razón de nuestras disciplinas, un fructífero diálogo con la cultura, salvándonos del peligro de convertirnos en narcisos encantados con sus propias visiones y bebiendo de sus propias aguas.

Las revistas son documentos históricos - cuando son de colección como ésta - a los que se vuelve reiteradamente. Pueden quedar olvidadas por años, pero regresaremos a ellas por los relámpagos iluminadores de la memoria que muchas veces nos exigen volver con urgencia a esa frase, a ese artículo, a ese ensayo... Ahora bien, no todos los lectores están hechos para ser lectores de revistas. Hay que ser cierto tipo de lector para gustar de ellas: un lector que está por encima de los cambios tecnológicos que afectan las formas de leer, y de los nuevos intermediarios en la web; un lector que a pesar de la inmediatez no pierde el gusto y la exigencia de lo profundo; un lector universal, que reconociendo su finitud y limitaciones, necesita de múltiples panorámicas.

¿En qué le ayuda *Hojas y Hablas* a ese lector? Ella es una combinación perfecta entre lo que es una revista especializada de tipo monográfico y una revista plural que posibilita la presencia simultánea de distintos temas. Sus seis secciones dan muestra de ello. Esa multiplicidad conveniente es una vía de inclusión para el diálogo entre saberes.

De otra parte, como revista que se produce en una institución formadora de docentes, debo decir que *Hojas y Hablas* ha sido cuidadosa y ha comprendido muy bien su rol frente a nuestras generaciones de relevo. No pude menos que aguzar la mirada, la razón y el corazón, como docente que soy, para observar de qué manera esta publicación, con cada uno de los textos seleccionados, les obliga a los estudiantes una certera reflexión sobre la cósmica responsabilidad que han de enfrentar en sus prácticas futuras.

En ese sentido, el número 4 de la revista se me antojó como un inmenso hipertexto pedagógico: una araña de múltiples conexiones (de cuya realidad hemos aprendido a ser concientes con Internet). En ella dialogaron, tal vez sin ser concientes, diferentes autores y se pusieron en relación distintos aconteceres del quehacer de los maestros.

Un texto como el de Carlos Augusto Hernández, referido a la lectura y a la escritura, ofreció una analogía perfecta entre estos aprendizajes y la labor de maestro: leer y escribir, como sucede con la profesión docente, son cosas que se aprenden a lo largo de la vida. Aquí hay una primera recomendación implícita para los futuros educadores: la formación no se acaba el día que se recibe el diploma de licenciado. Acotación, esta, para aclarar que no es solamente la necesidad de la formación permanente que se hace desde la oficialidad y con cursos para maestros la que nos asiste, sino esa formación que el mismo maestro se posibilita como eterno aprendiz, probando permanentemente caminos junto a nuevos aprendices. A esa búsqueda invita este texto.

Esta discusión que ofrece la revista sobre la lectura y la escritura, supera los discursos reiterados sobre su urgencia, que terminan por convertirse casi en una tiranía. He ahí que también en ese sentido vale la pena meditar cuál es el sujeto mediador deseable para acompañar estas prácticas. Con todo y la tela que hay por cortar con ello, cabe aquí mencionar *Lo político de leer y escribir* de Fernando Rincón que inspira una reformulación de la formación de maestros para la lengua, la lectura y la escritura.

Me encontré también por la misma vía, y sentí un alentador regocijo con ello, que: “La práctica pedagógica del programa de básica está asociada al trabajo comunitario y a proyectos sociales en razón de su carácter cooperativo y misional”. Qué alivio poner en escena a las “Competencias ciudadanas” y hacer un trabajo fuerte sobre lectura y escritura para dar respuesta a las necesidades de participación que tienen las personas en diversos contextos y al empoderamiento que requieren para hacerse visibles en la sociedad. Comparte esta potente idea con la reseña del texto *Formación docente y proyección social*, de la profesora Nohemí Abadía. Pensada así y con esos objetivos la

labor del maestro, intuimos futuros más amables, contruidos con manos y cabezas de maestros para un país donde ya es urgente que prime la creatividad sobre la angustia.

Recalco, por esto mismo, el valor de una escuela formadora que habla de sí misma y de manera crítica. *En búsqueda de los sentidos y el impacto de las prácticas pedagógicas del Programa de Educación Básica con énfasis en Lengua Castellana* es un documento sincero que mira hacia adentro y se atreve a repensar para qué formamos maestros en Colombia.

Continuemos con nuestro hipertexto. Además de conversar con la lectura y la escritura, creo, que sin proponérselo, la mayoría de los textos que contiene este número le están haciendo un merecido homenaje a la oralidad, y es curioso, porque ninguno de ellos la menciona en los títulos explícitamente.

Lo hacen Alicia Poderti, al demostrar el valor innegable de los textos literarios para la historiografía; Edilberto Cruz Espejo, cuando hace referencia al libro de Germán de Granada dedicado a estudiar la transculturización a través de la lengua y del lenguaje oral, del habla y Sergio Díaz Luna al referirse a la escritura como suplemento del habla: “La voz vive y simultáneamente muere en la escritura”.

Fernando Vásquez, Camilo Vargas Pardo y Germán Diego Castro nos recuerdan que la literatura, como otras artes - a excepción de la música que es la única que llega a los sentidos sin pasar por la razón -, pasa por la razón y al pasar por la razón es exigente y, que como tal, no se puede garantizar *per sé*, sino a través de la mediación del maestro. Esto conlleva un interrogante ¿cómo se forman los maestros para esta mediación en las escuelas formadoras? Fernando nos convence de la importancia de enseñar la literatura, Camilo nos muestra el ejercicio hermenéutico que acompaña su estudio y Germán nos la acerca a lo posible, a lo cotidiano.

Muchas otras meditaciones me deja este número de la revista, pero otros lectores navegarán en ella para mejorar lo dicho.

Para culminar, quiero recalcar que *Hojas y Hablas* es una revista seria, meditada y planeada, y hago coro con lo expresado por Fernando Antonio Rincón al afirmar que es honesta y limpia.

No hay quinto malo. Bienvenido el número cinco de *Hojas y Hablas* y bienvenidos los cientos de lectores jóvenes renovados que la revista se está atreviendo a congregar.